

ASPECTOS RECIENTES DE LA POLITICA MEXICO-EUA

EL GOBIERNO DE RONALD REAGAN Y MÉXICO

Jorge CARRIÓN*

En los Estados Unidos el sistema político de bipartidismo no ha eliminado ni eliminará, hasta la extinción del capitalismo y del correspondiente Estado en ese país, lo que ya desde los principios de este siglo Lenin caracterizaba como la disputa entre los partidos burgueses por el reparto y la redistribución del «botín» de los puestos públicos, “dejando intactas las bases del régimen burgués; y finalmente, el perfeccionamiento y vigorización del «Poder Ejecutivo», de su aparato burocrático y militar”.¹

Ello no quiere decir que esa lucha interburguesa no haya adquirido nuevos visos a causa de la mayor integración y más directas interrelaciones entre la infraestructura económica y la superestructura política que significa la fase del capitalismo monopolista de Estado —conforme el desarrollo del capitalismo monopolista que el mismo Lenin estableciera—, en el país en donde ha llegado a la culminación la dinámica concentradora y centralizadora de los medios de producción y del capital en escala nacional y en la genérica internacional inherente a la fase del imperialismo en el cual los EUA siguen siendo hegemónicos. Al mismo tiempo esta hegemonía norteamericana, mucho más que por la internacionalización del capital

* Investigador del IIEc-UNAM.

¹ Lenin, *El Estado y la revolución, Obras escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, 1960, t. 2, p. 318.

que sin duda es un fenómeno vigente, afronta un problema de la dinámica del capitalismo, sólo que en esta fase del imperialismo y del CME moviliza y agudiza aún más las contradicciones: el problema de la socialización de la producción *versus* la concentración de los medios de producción y del capital en aquella escala que ya no se puede llamar planetaria sino del área terráquea del imperialismo (comprendidos países altamente desarrollados y pueblos subdesarrollados en sus diversos niveles de crecimiento económico, social y político).

A todo ello hay que agregar, o mejor dicho, todo ha de inscribirse en el marco de la crisis general y global del capitalismo. Ésta ha invertido los términos de lo que todavía hace poco tiempo se consideraba la norma del desenvolvimiento característico del capitalismo, la sucesión de crisis cíclicas que hasta cierto punto resultaba —pese a todos los males que infligía al proletariado y a las otras capas explotadas— beneficiosa, un verdadero «revulsivo y drástico» cuya virtud consistía en corregir los males ocasionados por la acumulación y los desequilibrios y malformaciones estructurales que ello ocasionaba. Tal purgación revulsiva prepara al sistema para un nuevo avance hacia fases que, pese al destino histórico marcado por la caducidad de la categoría, aseguraban su mantenimiento y reproducción en otra fase o instancia.

Desde hace relativamente muchos años las cosas han cambiado. Aun las más largas ondas de crecimiento y reanimación de la economía tienen como característica principal no una recuperación, por espectacular que ella sea, que elimine en términos proporcionales la recesión. Ésta se mantiene en niveles medios, no desaparece del todo. Ello, aunque por perentorios apremios de espacio sea muy esquemático, permite asegurar, como Paul M. Sweezy lo hace, que la “estancación es la norma, los buenos tiempos la excepción”.²

Por último hay en el nivel internacional, y justamente en ello influyen tanto las características de dependencia, interdependencia, subordinación/dominación, que afectan al sistema capitalista en el nivel interimperialista, como en el de las famosas relaciones Norte-Sur, una contradicción históricamente agudizada: la de capitalismo/socialismo que en dimensión planetaria expresa la fundamental implícita por el antagonismo entre la progresiva socialización de las relaciones productivas y la intensa concentración de la propiedad privada de los medios de producción con correlativa, ya inaudita, centralización del capital acumulado.

² Paul M. Sweezy, “The crisis of american capitalism”, *Monthly Review*, octubre 1980, pp. 1-13.

Reagan, medicina heroica para la crisis

En las anteriores condiciones, apenas esbozadas, surge Ronald Reagan en los EUA, con su no tan inesperado triunfo electoral en una democracia viciada y con un abstencionismo electoral significativo (sólo votaron por él 47.1 por ciento de los electores populares, aunque el sistema de intermediación electoral haya dado visos espectaculares a su victoria). Desde la campaña presidencial misma Reagan se presentaba como el remedio heroico de la crisis y no propiamente como una alternativa de la política nacional (cambio, pues, de signos, «terrorismo comunista/derechos humanos», no de significantes) ni mucho menos de la internacional, de la administración demócrata de James Carter. Y ya se sabe, los remedios heroicos suelen tener efectos inmediatos sorprendentes, pero por debajo de su impresionante efecto exacerban la probabilidad de la recaída.

Veamos las más optimistas previsiones de los «expertos» economistas norteamericanos, también de modo sucinto:

- Prevéncasi unánimemente un gasto total (ajustado el PBN a la tasa de inflación) de 1.2% en 1981, que si bien resalta comparado con la baja hasta 0.7% de 1980, significa una mediocre mejoría;
- el promedio de precios al consumidor en 1981 aumentaría sólo 10.7% contra 13.5% del año anterior;
- en cambio, la tasa de desempleo se elevaría 7.7% aunque algunos economistas predican un 8%;
- la producción industrial sólo se elevaría hasta un 1.7%, superando la caída de 1980 hasta 4.5%, y los beneficios —preocupación principal de los empresarios del capitalismo— alcanzarían 3.8% en 1981, sin descontar impuestos lo que explica la preocupación de Reagan, y sus promesas, por bajarlos más o menos radicalmente.³

Hay notas más pesimistas. A pesar de la elección de un gobierno «mucho más conservador», se opina que la inflación ya afecta hasta a la clase poseedora que suele beneficiarse de ella, y que no podrá ser corregida sino a costa del aumento de los desocupados; los gastos federales y sus correspondientes déficits, lejos de aumentar la salud

³ Datos tomados del cuadro de gráficas intitulado “Economic Outlook for '81. As experts at the Conference Board Forum see”, *US New & World Report*, 22 de diciembre 1980.

de la economía, minarán ésta; la situación actual es un grito de alarma contra peores condiciones en el futuro, etcétera.

En su campaña electoral, Reagan puso el acento en el belicismo, el aumento del gasto en lo que en los EUA se llama la carrera armamentista contra la URSS, la liberación de la economía (de qué fue muestra inicial la de los energéticos no bien Reagan tomó posesión), la disminución de la burocracia y las medidas anticontaminantes, y sobre todo la ya mencionada baja de impuestos a la industria con el objeto de, si no contener la tendencia a la baja de la tasa de ganancias, por lo menos salvaguardar el monto de éstas.

Cuba y los movimientos de liberación, que hoy ponen en estado de ebullición a casi toda Centroamérica y parte de la zona del Caribe, fueron y son uno de los blancos de la política belicista, armamentista e intervencionista de la nueva administración norteamericana.

Estos blancos no sólo por razones geográficas sino históricas conciernen en dos planos a México. Uno, a su pueblo en cuya prospección histórica está inscrita por fuerza la lucha por la liberación y liquidación de la dependencia estructural hoy tan profundizada, y dos, al Estado nacional cuya política de relativa autonomía frente al imperialismo se ve presionada por la estrategia del gobierno «reaganista» de los EUA.

México y la relativa autonomía del Estado

Los términos en que los objetivos históricos de la liberación del pueblo mexicano y el Estado burgués actual difieren no pueden ser sino mencionados en este breve espacio. Baste decir que retrospectivamente el nacionalismo burgués, la cohesión territorial y política que por fuerza precedió a la instauración del capitalismo y aun prosiguió durante la consolidación de éste dentro de las categorías de la dependencia estructural y del subdesarrollo, coincidieron con el genuino nacionalismo de las llamadas clases populares, es decir la clase trabajadora, y divergieron en la medida y proporción en que ésta real y potencialmente es por esencia internacionalista.

Lo que interesa aquí es destacar cómo la autonomía relativa del Estado mexicano que tiene viejas raíces históricas a causa en gran parte de las peripecias sufridas por la vecindad geográfica del país con los EUA, y la contribución campesina y obrera con tintes antimperialistas a la revolución de 1910, se ve ahora constreñida desde varias baterías de la situación internacional. Por una parte, esta constrección opera como influjo de la reactivación de la segunda guerra fría declarada por cierto desde el gobierno de Carter. Por la otra,

obedece también a una de las pretensiones (no propiamente iniciadas por Reagan) del centro hegemónico del imperialismo: integrar a México en un sistema de mercado común de América del Norte en que Canadá desempeñaría acaso el papel de la grupa del león y México solamente el de la cola del ratón.

El Estado mexicano como lo han demostrado las más recientes manifestaciones de su política internacional, y sobre todo las últimas giras presidenciales, se ha propuesto mantener ese margen de relativa autonomía respecto al imperialismo apuntalando aquella política fundamentalmente en las nociones de la soberanía nacional y la libre autodeterminación de los pueblos. A causa de la intensificación ya mencionada del antagonismo sistema capitalista/sistema socialista aquellas dos nociones, para ser expresadas sin aludir a un propósito serio de romper la dependencia estructural del país, las tiene que sostener el Estado mediante un inestable equilibrio verbal que implícita, tácita y expresamente significa apoyar la tesis de la existencia de dos imperialismos entre los cuales el sistema mexicano sería la *rara avis*. A la vez sólo atañe a la contradicción imperialismo/nación y permite las negociaciones y manejo de la dependencia estructural.

De ahí que las declaraciones conjuntas, las explicitaciones de las giras por los países de Europa, por Cuba, la India y Bulgaria, por Alemania Federal, Suecia, etcétera, se maticen siempre de acuerdo con los extremos de izquierda y derecha del balancín de ese equilibrio. Lo que en Cuba por ejemplo, resulta inclusive hasta una entusiasta manifestación de apoyo y solidaridad que concita al Estado una publicitaria y periodística campaña norteamericana en contra, o en algunos países se manifiesta como admiración por los progresos económico-sociales logrados, en los países capitalistas se convierte en la apología del sistema mexicano que no niega y reconoce aquellos avances pero que considera mejor o casi perfecta la *sui generis* vía mexicanista.

En la subyacente estancación que amenaza con llevar a la economía mundial del capitalismo a la profundización de las recesiones tanto en su área desarrollada como en la subdesarrollada, no sólo aparece el remedio heroico y de doble filo de la agresión belicista y del armamentismo, de las injerencias en los asuntos nacionales de pueblos como el de El Salvador y Guatemala, y las amenazas y provocaciones a Cuba revolucionaria, Nicaragua y al esforzado y pequeño pueblo de Granada, sino que la política «reaganista» cuenta también con el atiesamiento de la estructura imperialista y por ello con la profundización de la dependencia estructural de los países de capitalismo del subdesarrollo. Entre éstos se cuenta México.

La contradicción aparente que existe entre la profundización de la dependencia económica, social, cultural e ideológica del país y la relativa autonomía del Estado y sobre todo del brazo ejecutor de éste en materia de relaciones diplomáticas —el Poder Ejecutivo—, consiste en que referida como se dijo antes tal autonomía a la soberanía nacional y la libre autodeterminación de los pueblos y equilibrada en el falso punto de gravedad de los dos imperialismos la estrategia diplomática de México no afecta decisivamente:

- a) al conjunto de la burguesía mexicana y sobre todo a la oligarquía monopolista que incluso aplaude ciertas extensiones de sus relaciones mercantiles con algunos Estados socialistas, y
- b) tampoco de modo decisivo a la estrategia prepotente de intervencionismo e injerencia del nuevo gobierno de los EUA.

Estos últimos no pueden dejar de advertir que en la prospectiva un tanto opaca de su economía para el año de 1981 se advierten ciertas condiciones de profundización de la dependencia mexicana que en alguna forma pueden aliviar a aquélla. Por ejemplo:

- Pese a la multidifusión de que México no se petrolizará los hechos tanto como los pronósticos señalan que ya está petrolizado y se chapopotizará todavía más. Según las previsiones de Banamex las exportaciones petroleras que ahora son del 75% del valor total de aquéllas se elevarán hasta el 82% de los 25 mil millones de dólares del total de ventas del país al exterior y principalmente al estadounidense;
- la petrolización no sólo está implicada en las exportaciones del crudo petrolero y las mucho más escasas de productos terminados, sino también en la importación creciente de la industria nacionalizada de bienes de capital y algunos insumos que llega hasta las dos quintas partes del total de las que hacen las empresas estatales y paraestatales y a una proporción bastante alta con respecto al conjunto de las importaciones del sistema del capital privado nacional y extranjero;
- el auge de la explotación petrolera dentro del país ha permitido un importante desarrollo industrial de otras muchas ramas que no por ser un signo de crecimiento deja de manifestar vínculos que expresan lo que se conoce como petrolización. Todo ello para no hablar del conjunto de «monstruosos» —como los calificaría el propio presidente López Portillo— subsidios que en materia de energéticos provenientes de los hidro-

carburos significan las bajas tarifas y otros procedimientos beneficiarios en primer lugar de la oligarquía monopolista, en segundo de la burguesía en su totalidad y que pesan en definitiva sobre la clase trabajadora de cuya extracción de plusvalía en última instancia se traslada a empresarios industriales aquel estímulo y estos subsidios.

Es decir que la autonomía relativa del Estado mexicano, y claro está que esto debiera profundizarse en una indagación más extensa y concreta, es una de tal clase que podría compararse con la comprensibilidad y simultáneamente la capacidad de expansión de los gases contenidos en un globo. Son resultantes ambas de presiones inherentes a esos propios gases —la dependencia estructural principalmente y el subdesarrollo— y al mismo tiempo de las generales que existen en la atmósfera que rodea a aquel globo sin que ello quiera decir que permanecen ajenas a las que operan desde el interior puesto que las define justamente su estructuración en el todo.